El Señor nos lo significó cuando dijo: *Entre todos los nacidos de las mujeres, ninguno había nacido mayor que San Juan Bautista, pero que el menor del reino de los cielos era mayor que él.* No compara el Hijo de Dios a San Juan con los ángeles y bienaventurados, sino con los hombres de la ley de gracia, que se llama *reino de los cielos* (1). Compara lo mejor de la Sinagoga con lo menor de la Iglesia. Comparó lo más alto de la ley escrita con lo menor del Evangelio en un niño recién bautizado, que renació a vida de gracia: el oficio y dignidad del Bautista fué el mayor de los de la Sinagoga y de cuantos nacieron de mujeres; pero no tiene que ver todo eso con los que nacen de Dios, porque el menor de los que han renacido del Espíritu Santo por medio de la gracia es mayor que el mayor de los que han nacido de mujer.

De tanta estima es en los ojos de Cristo la gracia, que el menor de su estado es mayor que todo lo mejor de la ley antigua, que la potestad de Moisés, que el mando de Samuel, que el reino de David, que la sabiduría de Salomón, que el poder de Elías sobre el cielo, que el bautismo de San Juan.

Y no sólo es cosa más estimable la gracia que todas las potestades y dignidades dadas por Dios a los hombres, sino también a los ángeles. Más es un grado de gracia que da Dios a un pobrecito enfermo, flaco, asqueroso, del hospital, que el poder de los ángeles y arcángeles sobre los elementos y especies de la naturaleza del universo todo; más que la presidencia de los principados sobre provincias y reinos; más que ser las columnas del cielo y sustentar el orbe; más que el poderío de las virtudes para obrar prodigios; más que el mando de las dominaciones y tronos sobre los espíritus de otro orden o jerarquía; más que el supremo dominio de aquel serafín que preside a

(1) Maldon., in Mt. 11, 11.

todos los ejércitos celestiales. Todas estas dignidades, consideradas en sí, son menos que la menor gracia, y sin la gracia no importaran mucho; pero la gracia, aun sin ellas, importa muchísimo. ¿Qué le aprovechó al primer ángel que perdió la gracia el principado que sobre los otros tenía? Quedó hecho un demonio, y perdiólo todo; pero si con la gracia quedara, aunque lo perdiera todo, no perdiera mucho.

§ 2

Pero para que se suba esto al punto que puede, no sólo las excelencias de los hombres, aun concedidas por Dios y participando su autoridad y veces, ni sólo las preeminencias de los espíritus del cielo, son menos que la gracia; pero aunque entre en cuenta la dignidad de la Reina de los hombres y ángeles, apartando todas las excelencias de que está llena, fuera de la gracia, es más sola la gracia que todas las demás juntas, que tiene la Madre de Dios, aunque entre el mismo ser Madre de Dios; y todo esto confesado por su mismo Hijo, que tanto la amó y quiso. ¿A quién no maravilla esto, que el ser Madre de Dios sea por sí menos que la gracia? ¿Que el ser Madre de Dios sin la gracia no importaría mucho, y que la gracia por sí sola importe muy mucho? ¡Qué más se puede decir!

Por ser Madre de Dios la Virgen, la debe su Hijo agradecimiento, los ángeles veneración, los hombres reverencia, unos y otros admiración, débesela sujeción de las criaturas y ser reina del mundo. Con todo eso, por sólo tener la gracia, si careciera de ella, diera ella misma el imperio del mundo y reino de los cielos, y ser Madre de Dios. Más es la gracia en la Virgen que la maternidad de Dios. Más es ser Hija de Dios por la gracia, que Madre de Dios por naturaleza. Y con ser tan debido el amor que Dios tiene a su Madre, si hu-

biera otra criatura que tuviera más gracia que Ella, la amara y estimara Cristo más que a su misma Madre.

Esto dió a entender el mismo Señor cuando, habiéndole dicho a voces una mujer (*Lc.*, 11, 28): *Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que mamaste*, añadió el Salvador, aunque quiso más a su Madre que otro hijo, como corrigiendo aquel dicho de la mujer: *Antes son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan.* En esta respuesta no hizo agravio a su benditísima Madre, porque ella fué la que mejor que otra criatura del mundo oyó la palabra divina, y la guardó y cumplió perfectísimamente; pero dió a entender que era más esto en su Madre y en otra cualquiera persona que el ser su propia Madre; y que esto era, por lo cual Ella era más bienaventurada, y sin lo cual la aprovechara poco ser su Madre natural, como lo declaran muchos Santos (2).

En otra ocasión, estando el Redentor del mundo esparciendo la semilla de su doctrina celestial, le avisaron que *su Madre y parientes le estaban esperando afuera.* Él entonces respondió (*Mt.*, 12): *¿Quién es mi Madre y quién son mis hermanos?* Y extendiendo la mano y señalando a sus discípulos, dijo: *Estos son mis hermanos. Y cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, ése es mi hermano, y madre y hermana.*

En todas estas palabras nos enseñó el Hijo de Dios cuánto estimaba más el parentesco espiritual de la gracia que el carnal de la naturaleza; y que era la Virgen más dichosa por participar Ella de la naturaleza divina por la gracia que no por haber el mismo Dios participado de ella la humana por naturaleza. Y así dice San Agustín (*Epist.* 38): «El excelentísimo y divino Maestro, Cristo Jesús, oído el nombre de Madre, de

(2) V. S. Just., q. 136 ad orthod.; Cypr., Serm. *De Pass. Dom.*; Aug., inf. et in Joan., tract. 10; Beda in Luc.

la cual, como cosa propia y que le tocaba, le habían avisado, porque era terreno, le desechó en comparación del parentesco celestial; y haciendo memoria con sus discípulos de la misma consanguinidad celestial, mostró cómo la Santísima Virgen estaba como los demás Santos, en el mismo género de parentesco con Él.» Porque por este parentesco de la gracia, más era que por el de naturaleza. Por lo cual concluye el mismo Agustino (3): «Luego más bienaventurada es la Virgen María creyendo la fe de Cristo que concibiendo la carne de Cristo.» Luego añade estas palabras más encarecidas: «El parentesco de Madre no aprovechara cosa a la Virgen María, si no hubiera llevado en su corazón a Cristo más dichosamente que le llevó en su vientre.»

Oigan esto los que por un ligero gusto destierran a Jesucristo de su corazón. Oigan esto todos los despreciadores del Ser divino que por la gracia participan. ¡Oh, quién tuviera una voz que se oyera por las plazas y calles de todo el mundo, e imprimiera en los corazones humanos esta sentencia de Agustino, repitiendo a los oídos de los hombres engañados: «El ser Madre de Dios no aprovecharía a la Virgen, si no tuviera la gracia de Dios!» ¡Oh hombres engañados! ¿Qué pensáis os ha de aprovechar la honra y fama por que rogáis la ley de Dios? ¿Qué pensáis os ha de aprovechar vuestra opinión y nombre vano, por que os borráis del libro de la vida? ¿Qué pensáis os ha de aprovechar el interés y hacienda, por que violáis la justicia? ¿Qué pensáis os ha de aprovechar vuestro gusto, por el cual atropelláis el derecho divino? ¿Qué os aprovechará todo, si no tenéis la gracia? ¿Por qué la perdéis por tan poco? ¿Qué cosa hay en el mundo que pueda aprovechar sin ella, pues ni el ser Madre de Dios aprovecharía? ¿Qué os aprovechará salir con la vuestra, y ser estimados de todos, y mandar a muchos, si el ser Reina del cielo y tierra, y ser reverenciada de ángeles y hombres, no aprovechara a la Virgen sin la gracia?

¿Qué te puede aprovechar el favor de los hombres,

---

(3) Lib. 6, *De S. V.*, cap. 5.

el estar junto a los reyes, si el ser Madre de Dios no aprovecharía sin gracia? ¿Qué te aprovecharán esas ventajas y adelantamientos entre los hombres, por que te pudres y revientas, si la potestad de Moisés, la judicatura de Samuel, el señorío de David, los milagros de Elías, la autoridad y mayoría de San Juan, el imperio sobre las jerarquías del cielo, el reino del mundo, el respeto de los hombres y ángeles, el ser Madre de Dios, no aprovecharía sin la gracia, y la gracia, sin más ayuda, aprovecha? Con la gracia sólo te puedes salvar, y la misma Madre de Dios sin gracia no se salvaría. ¿Cómo no te asombras de lo que es la gracia y de lo que es el pecado? Por la gracia, el que estaba más apartado y lejos de Dios, se salvará; y por el pecado, si la Madre de Dios le cometiera, se condenara. Mira ahora si importa la gracia.

§ 3

Dos cosas hay en ser Madre de Dios de grande excelencia: una, haber participado el Hijo de Dios de su purísima sangre y substancia, haciéndose de ella hombre; otra, haber estado nueve meses dentro de sus santísimas entrañas. Coteja todo esto con lo que pasa en el que está en gracia, el cual participa de la naturaleza divina, y más es esto que no que Dios participe la sangre de su Madre, pues por participar nosotros la naturaleza divina nos santificamos, y Dios, por tomar la sangre de una mujer, ni se santifica ni la santifica, según San Agustín, por esto solo.

Demás de esto, si la Virgen tuvo en su vientre al Hijo de Dios, el que está en gracia tiene en su alma al Espíritu Santo, que es tan bueno y tan infinito, y Dios de la misma manera que el Hijo. Y ésta es una excelentísima excelencia de la gracia, como después trataremos, que no sólo ella por sí santifique al alma, la hermosee y adorne y levante a un ser y grado divino, pero hace que la misma persona del Espíritu Santo se aposente en nuestro corazón.

Fuera de esto, en las entrañas de su Madre sólo estuvo Cristo nueve meses; pero en el alma del que está en gracia, si no hay impedimento de pecado, una eternidad se está el Espíritu Santo.

¡Oh quién pregonara a voces que las oyeran en los desiertos! ¡Hombres que estáis en gracia, mirad que tenéis dentro de vosotros con particular presencia al mismo Espíritu Santo! ¡Hombres que no estáis en gracia, mirad que la podéis tener! ¡Mirad que estar en gracia es más que concebir la carne del Hijo de Dios! Más es, que es en sí ser Madre de Dios, como siente San Agustín; más es que tener el reino del mundo y el imperio del cielo y tierra.

No sólo se ha de cuidar de traer a nosotros este Espíritu divino, sino de tratarle como merece tan gran huésped, procurando el que está en gracia, con la vida buena y santos pensamientos y obras, tener contento a este soberano Espíritu, cuyo templo es.

¿Qué quiere decir que el Espíritu Santo esté dentro, no sólo de tu casa, sino de ti mismo, y que se te pase un día sin mirarle al rostro, sin tener oración y sin presencia de Dios? ¿Qué quiere decir que no le des en todo el día gusto entero con alguna obra perfectamente hecha, sino mil de disgusto, con mil inmortificaciones, mucho distraimiento, palabras demasiadas y gran hastío de las cosas espirituales, andando siempre entristeciendo al Espíritu divino? No es esta vida que le das para durar mucho. Este mal tratamiento no es para mucho tiempo; guarda no se vaya y deje tu alma para que sea cueva de demonios.

Imitemos a la Madre de Dios en el cuidado que tuvo de servir y adorar a su Hijo. Los ojos, el alma y corazón se le iban tras de Él, como su Dios y Señor. Igual huésped tiene consigo quien posee la gracia; el alma y corazón se le vayan tras Él, y adórele muchas veces dentro de sí mismo.

¿Qué reverencia no merecen aquellas sacrosantas entrañas de María, que sustentaron nueve meses al Hijo de Dios? Pues el alma que tiene el Espíritu Santo, ¿por qué no se ha de estimar?

Oye cómo exclama San Epifanio, admirado que el Hijo de Dios entrase en el vientre de su Ma-

dre, para que te cause algún respeto que el Espíritu Santo haya entrado dentro de ti (4): «¡Oh vientre impoluto, que contiene en sí la redondez de los cielos, que a Dios incomprensible le tuviste dentro de ti comprendido! ¡Oh vientre más capaz que el cielo, que no estrechaste a Dios dentro de ti! ¡Oh vientre, que contienes en ti la luz inextinguible de gracia, siete veces resplandeciente y lúcida!»

Admirémonos con semejantes exclamaciones de un alma que tiene en sí al Espíritu Santo: ¡Oh alma limpísima, que tienes dentro de ti al que no cabe en la redondez de los cielos! ¡Oh alma, que no se estrecha en ti el que llena el orbe de esta tierra! ¡Oh alma, que encierras dentro de ti al incomprensible! ¡Oh alma, más capaz que el cielo! ¡Oh alma, que tienes en ti la luz eterna, más resplandeciente infinitas veces que el sol! ¡Oh alma en gracia, si te conocieses, cómo te estimarías, cómo procurarías adornar tu vida, más limpia que los cielos, más pura que los ángeles, más fervorosa y ardiente que los serafines!

## CAPITULO 16

### CUÁNTO DEBE SER ESTIMADA LA GRACIA POR LO QUE DIOS LA ESTIMA

§ 1

Si todo lo dicho no bastare para formar algún concepto proporcionado a la debida estimación de la gracia, baste el caso y aprecio que de ella hizo el mismo Dios; pues se puede decir que la estimó infinito, porque hizo por que la tuviéramos infinito, y nos la compró su Unigénito Hijo, no como quiera con precio simplemente infinito,

---

(4) In Serm. *De V. laud.*

sino muchas veces infinito, y dando por ella su sangre y vida infinitamente inestimable, padeciendo tan acerbos tormentos y sufriendo tan contumeliosas injurias. La Sabiduría eterna no puede errar en dar a todas las cosas su punto y debida calificación; y pues por esta mercadería de gracia dió todo su caudal y echó el resto de su omnipotencia, preciosísima cosa es y riquísima.

¡Oh hombre ignorante, envuelto en gruesas tinieblas: si no alcanzas a conocer lo que es gracia, fíate del que es sumamente sabio! Engáñate esta vez por Él, que no te engañará. Estima lo que ves que tanto estima quien es sólo justo tasador de las cosas. ¿Qué cosa será la que, por dártela, no dejó Dios cosa por hacer, hasta deshacerse a Sí mismo? Llegó a lo sumo de su omnipotencia, de su sabiduría y bondad, porque no careciésemos de este bien; y si Dios no hace nada ociosa ni desordenadamente, ¿qué será por lo que hizo tanto?

Lleguemos ahora a ver algo de lo que hizo; pero ¿quién lo podrá decir? Más son estas cosas para quedar atónitos en su consideración, que para hacer de ellas relación. Apuntaremos en breve algo para que, como merece, se considere todo profundamente y se pondere despacio.

Viendo, pues, aquel Omnipotente Dios que lo crió todo de nada, que una de las más nobles criaturas suyas, por un pecado que cometió perdió la gracia, y se había hecho indigna de que se la diesen de nuevo, por quedar en esto ofendida la Justicia divina, se determinó de satisfacer esta ofensa a toda costa suya, y hacer todo lo posible por restituir al hombre con efecto a la dignidad perdida. Para esto, ¿qué no hizo? ¿Qué diligencia perdonó? ¿Qué no padeció? Porque todo era menester por la inestimabilidad del bien que nos quería negociar.

Lo primero determinó hacerse hombre. Este consejo tan inopinado, estupenda dignación del

Hijo de Dios, ¿por qué fué, sino por darnos la gracia? Gran cosa es la gracia, pues el inmudable se movió de su silla y trono e hizo tal jornada desde lo supremo del cielo empíreo hasta la estrechura del vientre de una doncella.

Si un rey no sale de su corte a tierras extrañas sin causa de grande importancia, grande importancia será la de la gracia, pues por ella hizo el Unigénito del Padre tal jornada y demostración. Si alguno, ignorante del fin, viera al Verbo Eterno que, dejando las naturalezas angélicas y todas las jerarquías del cielo, sin hacer cuenta de aquellas sublimes esencias de los espíritus celestiales, se entrase en este mundo inferior, en este valle de lágrimas y mazmorra de cautivos, y en un rincón de Nazaret se vistiese el hábito humilde de siervo y penitente, tomando en su persona la naturaleza más baja de todas las capaces de razón, ¿qué dijera este tal? ¿Qué juzgara de la importancia de aquella acción? Juzgara que le iba a Dios no menos que la vida; juzgara que le iba ser Dios. Pues no es más que por darte su gracia.

¿Qué no hizo Dios por darte la gracia? Hizo cuanto pudo ser; hízose hombre y al hombre Dios: y en esto hizo cuanto pudo su omnipotencia, cuanto pudo pensar de bueno su sabiduría, cuanto pudo querer su bondad; ni pudo hacer obra mayor, ni quererla mejor, ni pensarla más acordada. ¿Para qué todo esto? Por la gracia.

¿Y paró aquí? No; sino que de un extremo pasó a otro. Después de hecho Dios hombre, hubo de sudar por darnos la gracia; hubo de trabajar, de penar, de trasudar sangre, de sufrir ignominiosas afrentas, de sufrir tormentos insufribles. Ayunó cuarenta días sin comer bocado; fué descarnado su cuerpo con más de cinco mil azotes; fué por burla coronado con una guirnalda horrible de espinas, que con más de setenta de ellas atravesaron su inocentísima cabeza; fué crucificado afrentosamente entre gente facinerosa e

infame; finalmente, de puros dolores expiró en la Cruz. ¿Para qué todo esto? Para merecernos la gracia. ¡Oh ángeles santos!, decidme: ¿qué es esta gracia? Santos querubines, que estáis llenos de ciencia, decidme: ¿qué es la gracia, que tanto costó a nuestro Dios? ¿Qué pudo hacer Él por ella, el Hijo de Dios, que no hiciese? Hizo cuanto pudo para dárnosla y para darla a estimar. Preciosísima es, por cierto, pues se dió por ella la cosa más preciosa que hay en el cielo y tierra, que es la vida del Hijo de Dios ¿Para qué el ayuno de Jesús? ¿Para qué sus trabajos? ¿Para qué su sudor? ¿Para qué sus azotes? ¿Para qué sus espinas? ¿Para qué su Cruz? ¿Para qué su muerte? ¿Para qué todo esto? Por la gracia.

¿Y paró aquí? No, sino que sobre este extremo segundo pasó a otro tercero No se contentando con ganarnos la gracia tan a costa suya, se quedó en perpetuo sacrificio y Sacramento, escondido en unos accidentes de pan, instituyendo para comunicárnosla otros seis Sacramentos. ¿No bastaba haberse hecho hombre? ¿No bastaba, después de haberse hecho hombre, el hacerse, como Él dice, *gusano y oprobio de los hombres* en su Pasión y muerte, que era menester hacerse sustento nuestro y pan del alma? ¿No bastaba entrar en el mundo para nacer? ¿No bastaba entrar en casa de Pilato para padecer que era menester entrar en mí? ¿No bastaba haber bajado una vez del cielo? ¿No bastaba haber bajado otra vez a los infiernos? ¿Qué es esto? ¡Que baje tantas veces a nuestros pechos, y a las manos de los sacerdotes! ¿Qué bajadas son éstas del Hijo de Dios? ¿Qué idas y venidas son éstas? ¿Para qué tantos pasos del Unigénito del Padre? Gran negocio trae entre manos; el negocio de la gracia es: el darnos su gracia trae al Señor de la Majestad de esta manera.

Una sola venida del Hijo de Dios tuvo a los Patriarcas antiguos suspensos y atónitos: admirados de esta suma dignación de Dios que se las

había revelado, a voces se deshacían para que se cumpliese. ¿Qué clamores? ¿Qué suspiros? ¿Qué ansias de verlo? ¿Qué dijeran si vieran lo que pasa ahora? Cada día baja Jesús del cielo una y mil veces: cada día desciende a los pechos de los fieles. ¡Oh, cómo trae este negocio de la gracia a Dios tan diligente! ¿Cómo lo estás tú? Dios da tantos pasos por darte la gracia, y tú no quieres dar uno por recibirla.

Para mostrar la suma dignación e inestimable favor de la venida del Hijo de Dios, se la hizo desear tanto a los santos antiguos; ahora, para mostrar su amor y deseo de que tengamos la gracia, cada día baja innumerables veces. Antes muchos clamores, gemidos inenarrables, largas oraciones costó a los Patriarcas y Profetas el acelerar su primera venida; ahora, con cuatro palabras del sacerdote le tenemos entre las manos; ahora, cada día le metemos en nuestro pecho. ¿Quién hizo a la luz inaccesible tan conversable? ¿Quién hizo al que anda sobre las alas de los vientos tan familiar y humano? ¿Qué negocio trae entre manos, que le hace tan solícito y entrometido con los hombres, con los desterrados en este valle de lágrimas? Gran negocio es la gracia: éste es el negocio de Dios. Por el amor que nos tiene anda tan cuidadoso porque no nos falte este bien, y porque le queramos nosotros. Dios no tiene con los hombres otro negocio sino el de la gracia, ni debía ser otro negocio sino éste: por éste anduvo Jesús muchos pasos; por esto sudó y trasudó. ¿Qué desvergüenza es que no quiera el hombre le cueste un poco de trabajo el alcanzarla y conservarla?

¡Oh, qué verdad dijo el Señor, que estaban muy lejos sus pensamientos de los pensamientos de los hijos de los hombres! Dios siempre tiene por delante la gracia; los hombres, su vanidad y gusto; tan lejos de anhelar con todas sus obras a esto, que aún no lo saben en el corazón estimar.

§ 2

¿Pero quién, si considera la sangre del Hijo de Dios derramada por merecernos la gracia, ya no la estimará sobre todo lo estimable? David, aunque tuvo gran deseo del agua de la cisterna de Belén, cuando supo que por traérsela tres de sus soldados se pusieron a peligro de muerte, rompiendo por los reales de los enemigos, teniéndola ya en las manos no la quiso beber, sino ofrecióla a Dios; y pareciéndole que cosa que había costado peligro de sangre y riesgo de vida era de más valor que convenía para que sirviese a su gusto y digna sólo de Dios, dijo así: «Así me haga bien el Señor, que no haré tal cosa; no la beberé. ¿Por ventura tengo yo de gastar en una bebida cosa que costó la sangre de estos soldados y tuvo peligro de sus vidas?» Pues si un poco de agua, que de suyo es cosa tan ordinaria y vil, por sólo que pudo costar la vida y sangre de unos hombres, la tuvo por tan preciosa David, la gracia, que es en sí cosa tan grande y preciosa, y ha costado la misma vida y sangre del Hijo de Dios, ¿por qué no la has de estimar? ¿Por qué no hemos de apreciar esta agua viva, que salta hasta la vida eterna?

Mire, pues, quien desprecia la gracia, que no sólo desprecia en ella lo que en sí es, que es muchísimo, sino lo que a Cristo le costó, que es infinito. Por lo cual dijeron San Hilario y Eusebio Emiseno (1): «Gran cosa me siento ser, teniendo esto de Dios, que es ser obra suya; pero mucho más es que veo al mismo Dios que ha sido mi precio, pues mi redención se efectuó con tan copiosa recompensa, que parece que el hombre vale lo que Dios es.» En otra parte dice Eusebio (2): «En el peso de la Cruz, no oro, no plata, no un

(1) Euseb., homil. 6, *De Pass.*
(2) Homil. 2, *De Symbolo.*

cuerpo de ángel, sino el mismo autor de la salud eterna consintió ser pesado allí, para que el hombre, que había degenerado de su estado de gracia, conociera su dignidad, a lo menos por la grandeza de su precio.»

¡Oh mortales! ¿Sabéis qué hacéis cuando por un pecado perdéis la gracia? No es menos que hacer burla de Dios, de la vida, sangre y muerte de un Dios Eterno y vuestro Omnipotente Señor. Si no lo alcanzas a entender, fíate del juicio de tu Redentor Jesús: Jesús tuvo tu gracia por tan preciosa, que por ella dió su sangre y vida infinita; tú, por lo menos, da tu gusto, y si fuere menester, sangre y vida por tenerla, conservarla y aumentarla.

§ 3

Más costosa fué a Dios la gracia que todo el mundo. En un instante hizo el cielo y la tierra. La luz que alegra toda la naturaleza y recrea los vivientes, con dos palabras la hizo. Las estrellas y planetas en el aire los fabricó. El firmamento, las plantas, las aves, los animales, no le costaron más que hablar. Al hombre, que es la mejor naturaleza de este mundo inferior, con un soplo le dió vida y alma. Las naturalezas angélicas sólo con querer las crió.

Ni solamente las cosas naturales, sino las milagrosas, no le están a Dios en más costa, como observó San Crisóstomo (3). A Lázaro resucitó Jesús tan presto como lo dijo; y todos los muertos del género humano en un cerrar y abrir de ojos los restituirá a la vida. Pero para restituir al hombre la gracia perdida fué menester hacerse Él hombre, y hecho hombre, más de treinta y tres años anduvo en este negocio; y en este tiempo ¿qué no hizo y qué no padeció? ¡Grande obra es ésta de la gracia!

---

(3) In Epist. ad Ephes., homil. 2.

¡Oh santo Dios! ¿Qué negocio es éste tan grande? ¿Qué es esto de *gracia*, que tanto va de ella a las demás cosas? ¿Qué es esta gracia que tan costosa os es?

Trabajando, sudando, padeciendo Dios por tu gracia toda la vida, ¡tú no quieres hacer siquiera un mes de verdadera penitencia! ¿Cuántos hay que, después de haber vivido como unos demonios del infierno, de la noche a la mañana y de un día para otro se confiesan sin más afligimiento ni penitencia, y al tercer día están como antes, tan contentos consigo y amigos del demonio?

Verdaderamente que habíamos de hacer estima de esto, y llegar a los Sacramentos con más preparación y reverencia, precediendo a la confesión, penitencia, llantos y gemidos del corazón. Y los temerosos siervos de Dios que esperan en la divina bondad les habrá perdonado sus pecados y restituídoles este don inestimable, estímenle, y guárdenle, y procuren adelantarle; estimando la vida de Cristo que costó, viviendo conforme el mismo Señor quiso que viviesen los blanqueados con su sangre, inmaculados, puros, santos.

Y todos consideren que si Dios hizo tanto, cuando éramos sus enemigos, por darnos su gracia, ¿qué no hará después de haberla dado a un alma y héchola amiga suya? Estimemos el habernos entregado el Padre a su Hijo, y el haberle entregado para que padeciese. Estimemos esta honra y favor que nos hizo, y creamos que quien hizo tanto por darnos la gracia, haría otro tanto después de dada, si fuera menester.

Meditemos muchas veces lo que dice San Juan Crisóstomo (4): «No debe parecernos tan admirable entregarnos Dios a su Hijo, como que al mismo Hijo, siendo tan amado de Él, le entregase para que fuese sacrificado en la Cruz por nuestra causa. Grandísimo es este exceso de la caridad divina, porque aquel a quien únicamente amaba el Padre, le entregó por reconciliarse con aquellos que aborrecía. Mira ahora cuánto caso hizo de nosotros y cuánto se dignó honrarnos: porque si cuando éramos sus enemigos y le aborrecíamos, con todo eso entregó por nosotros a su amado Hijo, ¿qué no hará de allí adelante, cuando estuviéremos reconciliados con Él por la gracia?»

(4) Homil. 1 in Ep., ad Eph.

§ 4

Puédese también echar de ver cuán preciosa es a Dios la gracia, pues por lograrla en sus predestinados, deja revolverse el mundo. Guerras sangrientas, hambre común, pestes generales, y, lo que más es, pecados públicos suele permitir por este negocio de la gracia. Pérdidas de hacienda, menoscabo de honras, tormentos de enfermedades, muertes no pensadas ordena su Sabiduría divina misericordiosamente por este negocio de la gracia. Por salir con esto, que sus predestinados se salven, en orden a dar y conservar la gracia a un escogido suyo, se trastornará el mundo y atropellará Dios con todo, hasta sufrir, según Tertuliano dice, descrédito de su providencia. Por dar gracia a un pobrecito, matará los reyes y príncipes. No hay cosa para con Dios comparable en interponiéndose gracia. Todo está en este negocio. Dejará perderse la naturaleza porque no se pierda la gracia.

Aprendamos de Dios a estimar nuestra salvación y procurar su gracia; piérdase el mundo, y no perdamos la gracia; piérdase la honra, y no perdamos la gracia; piérdanse todos los bienes de la tierra, y no perdamos la gracia; piérdase la salud, y no perdamos la gracia; piérdase la vida, y no perdamos la gracia; piérdase el cielo y tierra, y no perdamos la gracia; húndanse los pueblos de gentes, y no perdamos la gracia; fáltenos todo, y no faltemos a la gracia, porque si a ella sólo tenemos, lo tendremos todo.

Cristo nuestro Redentor, que con obras nos dió tanto a estimar la gracia que nos mereció en su sudor y sangre, e hizo estimable sobre todas las cosas, no faltó a lo mismo con su doctrina, y palabras. Comparóla a las cosas más preciosas del mundo, exhortándonos a que a ella sólo procurásemos, aunque por ella dejásemos todo. Llamóla *margarita preciosa*, y *tesoro escondido*, y

*reino de los cielos.* Juntamente nos encargó que, a trueque de tenerla a ella sola, vendiésemos todas las cosas, y renunciásemos padres y hermanòs, y a nosotros mismos nos negásemos, y el alma y vida diésemos por ella. No son rigorosas las palabras del manso Jesús. No nos pide mucho en que demos todas las cosas de la tierra por la gracia, pues bajó Él del cielo por venir a merecérnosla. No nos pide mucho que dejemos a nuestros padres, pues Él descendió del seno del suyo, que está en los cielos, por venir a dárnosla en la tierra. No pide mucho demos alma y vida por recibir lo que por darnos Él dejó la suya. Preciosa margarita es la gracia, y es poco dar por ella todas las cosas. Justa petición es que demos todo por lo que vale más que todo, y con ello viene todo bien. Quien dijo que al que buscaba el reino de Dios se le añadirían de más a más todas las cosas, bien pudo encargar que por buscarle las dejásemos todas.

# LIBRO SEGUNDO

# EFECTOS DE LA GRACIA SANTIFICANTE

## CAPITULO PRIMERO

### CON LA GRACIA TIENE EN SÍ EL JUSTO A LA MISMA PERSONA DEL ESPÍRITU SANTO

### § 1

**Consideremos ahora más en particular la grandeza de la gracia por sus efectos y excelentes circunstancias, que la hacen estimabilísima.**

**Estas nobilísimas condiciones y efectos de la gracia son muchos, y todos admirables. Da vida al alma, dala hermosura, hácela hija de Dios, reconcíliala y deja en su verdadera amistad; enriquécela con la caridad, llénala de virtudes sobrenaturales, adórnala con los dones del Espíritu Santo, hace sus obras meritorias de vida eterna, da derecho a la gloria y otros admirables dones que trae consigo.**

**No podré discurrir por todos, como pedía su grandeza, pero tocaré los más principales, empezando ahora por uno principalísimo y raro, que, aunque no tuviera otro bien la gracia, por éste debía ser de inmensa estima; y es que trae al alma la tercera persona de la Santísima Trinidad, que es el Espíritu Santo, con un modo admirable y singular, y, por consiguiente, todas las**

tres Personas vienen a habitar en el hombre. De manera que los justos no sólo participan de Dios por la gracia que se les infunde, sino de otra manera mucho más excelente, que es por la misma substancia de la naturaleza divina, en cuanto la persona del Espíritu Santo entra y habita al alma, complaciéndose allí con presencia particular. Por lo cual dicen algunos teólogos (1) que el justo participa de dos maneras la naturaleza divina: La una, accidentalmente, por razón de la gracia. La otra, substancialmente, por el mismo Dios y naturaleza divina que con el Espíritu Santo tiene en Sí.

Y porque este bien de la gracia es tan inefable y divino, me detendré algo en su confirmación, mostrando cómo, fuera de la gracia, se da con ella al justo la misma persona del Espíritu Santo. Que no será poco consuelo de las almas devotas detenerse y regalarse, repitiendo la memoria de este singular bien, escuchando lo que acerca de ello enseñan los doctores, fundados en la doctrina de los Santos, y unos y otros en la Sagrada Escritura. No pienso que despreciarán esta diligencia ni los doctos ni los menos letrados: «Aquéllos, porque mostrarán que aman lo que saben; éstos, porque desearán saber lo que ignoran», como dice San León (2), hablando de este divino Espíritu.

En primer lugar, Santo Tomás dice (3): «En el mismo beneficio de la gracia, que nos hace agradables a Dios, se posee el Espíritu Santo y habita en el hombre, por lo cual el mismo Espíritu Santo se da.» Luego añade: «Por el beneficio de la gracia se perfecciona la criatura racional para que libremente, no sólo use del don criado de la gracia, sino que goce de la misma Persona divina.» Torna a repetir el Angélico Doctor: «La gracia que hace a los hombres gratos a Dios, dis-

(1) Cornel., in 2 Petr., c. 1; Less., *De Perfection. Div.*
(2) Serm. 2, *De Pentecost.*
(3) 1, 2, q. 43, art. 3, in corp.

pone al alma para tener una Persona divina.» En otros lugares confirma lo propio.

San Buenaventura (4), hablando al mismo propósito, dice: «La perfecta posesión es en la cual se posee Dios y la gracia.» Luego añade: «No es dádiva perfecta ni don perfecto, sino es que se dé un don increado, que es el Espíritu Santo, y un don creado, que es la gracia, por la cual se ha de conceder que uno y otro se da.»

Alejandro de Alés (5) también dice: «En la misión del Espíritu Santo, que es por la gracia, no se da el Espíritu Santo solamente, ni sólo sus dones; pero uno y otro, por lo cual se da al Espíritu Santo en Sí y en sus dones.»

Lo mismo dicen Escoto, Gabriel de Vio, Marsilio, Valencia, Vázquez, Suárez (6), el cual lo prueba de manera que con la autoridad de Santo Tomás dice ser lo contrario error. Antes de todos, el Maestro de las Sentencias lo enseñó, y hay muchas autoridades de Santos que lo dijeron.

San Agustín dice (7): «No debemos dudar que se dió el mismo Espíritu Santo cuando Cristo sopló en sus discípulos, que es Aquel del cual poco después dijo: *Andad, bautizad a todas las gentes en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.* Es, pues, el mismo que también fué dado del cielo el día de Pentecostés; pues ¿cómo no será Dios el que da el Espíritu Santo? ¡Y cuán gran Dios es el que da a Dios!»

Considerando estas palabras, Pedro Lombardo (8) añade: «¿Ves cómo claramente dice Agustino que el Espíritu Santo mismo, conviene a saber, Dios mismo, no sólo su efecto, se da a los hombres por el Padre e Hijo, y que el mismo Espíritu Santo, que es Dios y la tercera persona de

---

(4) In 1, dist. 14, art. 2, q. 1.
(5) 1 p., q. 27, memb. ad primum.
(6) *De Deo Trino et uno*, lib. 12, c. 5, n. 8, et seq.
(7) In 1, disp. 14.
(8) Lib. 15, *De Trinit.*, cap. 26.

la Santísima Trinidad, se nos da, y se infunde, y entra en nuestras almas?»

Esto también enseña San Ambrosio, diciendo (9): «Aunque muchas cosas se llamen espíritus, pues se dice de Dios que *hace a sus ángeles espíritus*, con todo eso uno es el Espíritu de Dios. Pues este Espíritu uno fué el que alcanzaron los Apóstoles y Profetas, como dice el vaso de elección San Pablo. Bebimos un Espíritu, como cosa que no se puede partir, sino que se infunde y entra en las almas para apagar el ardor de la sed de las cosas del mundo: el cual Espíritu Santo no es de la substancia de las cosas corporales, ni de la substancia de las criaturas invisibles. Y así sólo es Dios, pues no es alguna de las criaturas visibles ni invisibles.»

El mismo San Ambrosio añade después (10): «Toda criatura es mudable, pero el Espíritu Santo no lo es; pues ¿por qué tengo de dudar que se nos haya dado el Espíritu Santo, como está escrito: *La caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado?* El cual, como sea de su naturaleza inaccesible, con todo eso se ha hecho por su bondad receptible de nosotros, llenando todo con su virtud; pero sólo es participado de los justos. Es una simplicísima substancia, riquísima de virtudes, presente a cada uno, repartiendo de lo que es suyo, estando todo entero en todas partes. Infinito es e incapaz de término el Espíritu Santo, que se derramó en las almas de los discípulos que estaban apartados, a quien nada puede engañar. Los ángeles a pocos son enviados; el Espíritu Santo en los pueblos enteros se infunde: ¿quién duda sino que sea cosa divina lo que se infunde juntamente a muchos invisiblemente? Es, pues, uno el Espíritu Santo que fué dado a todos los Apóstoles, aunque estaban apartados.» La razón

(9) Lib. *De Spiritu Sanct.*, cap. 4.
(10) Ibid., cap. 5.

que en estas palabras significa San Ambrosio, en su lugar la declararemos.

En el mismo sentido dice San Beda (11): «Cuando se da a los hombres la gracia del Espíritu Santo, entonces verdaderamente es enviado el Espíritu Santo del Padre y también del Hijo.»

Y San Basilio llama a los hombres santos *dioses*, porque en ellos habita el Espíritu Santo (12).

Todo esto afirman los Santos por los lugares de la Escritura, que lo dicen bien claro. San Pablo lo repite muchas veces. Hablando con los de Corinto dice (1 *Cor.*, 6): «*Vuestros miembros son templo del Espíritu Santo que tenéis.*» Y en la carta que escribió a los Romanos (5, 5) dice: «*La caridad de Dios se ha derramado en vuestros corazones por el Espíritu Santo que se os ha dado.*» Cristo nuestro Redentor, hablando de la venida del Espíritu Santo, dice (*Jn.*, 12): «*Al cual le enviará el Padre en mi nombre, y quedará entre vosotros, y en vosotros estará.*»

De todo esto hemos de sacar una grande admiración de lo que es la gracia, pues trae consigo un bien infinito, como es la misma persona del Espíritu Santo. Por lo cual la llamó el Apóstol (2 *Cor.*, 7) *Prendas del Espíritu*. Porque, como declaran muchos teólogos, la gracia tiene de suyo traer al Espíritu Santo y tenerle presente. De suerte que si Dios, por su inmensidad, no estuviera en todo lugar y faltara de sus criaturas, en dando a uno la gracia, luego viniera a él el Espíritu Santo, y estuviera dentro de él, y quedara allí todo el tiempo que durara la gracia. El Padre Francisco Suárez lo explica con el ejemplo del Verbo divino, que está presente en la Sacratísima Humanidad de Cristo nuestro Redentor, con tal manera de presencia, que si no estuviera en todas las cosas, por virtud de la unión de su Persona divina, estuviera presente íntima-

(11) Homil. *Dom. 1 post Ascens.*
(12) Homil. *De Spir. Sanct.*

mente al alma y carne de Cristo. ¿A quién no admirará esta virtud de la gracia, que tenga tal conexión y consecuencia con este bien infinito, con la suavidad de Dios, con el consolador de los hombres, con el glorificador de los Santos, con el mismo Espíritu Santo? ¿Qué pérdida hay en el mundo que pueda hacer contrapeso a esta ganancia? Ni la pobreza, ni el dolor, ni la afrenta, que es lo que más suelen sentir los hombres.

Oigan lo que dice San Pedro (1 *Petr.*, 4): *Si fuéredes afrentados por el nombre de Cristo, dichosísimos seréis; pues lo que hay de honra, de gloria y virtud de Dios, y su Espíritu, descansa en vosotros.* ¿Qué importa la honra, si por su pérdida se ganase el Espíritu Santo, con el cual tendremos la honra, la gloria y la virtud de Dios? ¿Qué corazón hay ya que no tiemble de perder la gracia? Demos que atropelle con ella, y que no estime su pérdida; pero contra el Espíritu Santo, ¿quién se ha de atrever? ¿Qué corazón habrá que diga: «Salga Dios fuera de mí; apártese mi Glorificador cien leguas de mi alma; vaya fuera de mi pecho el Espíritu Santo; quiero perder a Dios; no quiero, no quiero tener al Espíritu Santo»? Si el decir esto hiciera erizarse el cabello y estremecer los huesos, ¿cómo no tiembla el pecador de ejecutarlo?

¿Cómo es posible que esto se haga por cosas de tan poca importancia, como se queja el mismo Espíritu por el profeta Ezequiel (13, 19)? «Profanábanme por un puñado de cebada y por un cantero de pan.» ¿Quién hay que pueda oír esto sin lágrimas y dolores?

## § 2

¿Quién no admira aquí también el infinito amor de Dios, que como dió a su Hijo para redención de todos los hombres del mundo, dé también para la santificación de cada particu-

lar al Espíritu Santo, que es tan bueno e infinito como el mismo Hijo de Dios? ¿Quién soy yo, que para sólo mi bien descienda Dios? Una Persona divina. que bajó para redimir al género humano, espantó a los ángeles y hombres por tan suma dignación. ¿Pues cómo que para mí en particular baje otra Persona divina para justificarme? ¿Quién no agradece este beneficio tan infinito, estas entrañas de Dios tan amorosas y llenas de piedad?

¿A quién no admira que se dé el Cuerpo de Cristo a los que comulgan. aunque no sea si no es por muy poco tiempo que dura en su pecho? ¿Por qué no se admira también que se dé la misma divinidad del Espíritu Santo, no para un cuarto de hora o para un día, sino para que siempre permanezca en el que está en gracia, siendo mayor cosa la divinidad del Espíritu Santo que la humanidad de Cristo?

Esta dádiva del Espíritu de Dios, cuanto es de suyo, no es al quitar; para siempre es; y así, hay que agradecer la infinidad del don y la eternidad de su duración: no se corrompe el Espíritu Santo, no se acaba. no se arrepiente de entrar en los Santos y estar en ellos mientras le son fieles; siempre durará en tu pecho si tú no le echares; no te enfades tú de este Espíritu consolador, y no se enfadará Él de ti; no le ahuyentes, que Él no se huirá; no ofendas la Majestad, a quien debes estar agradecido.

Mira la calidad del beneficio para que se ajuste con él tu agradecimiento. No sólo da Dios lo mejor que te puede dar, que es su gracia, sino con ella su mismo amor y la misma persona del Espíritu Santo. Tú no cumples con menos que con dar a Dios lo mejor que tienes; esto es. hacer en cada obra lo mejor. lo más perfecto, lo sumo en toda acción virtuosa; y eso mismo con todo tu amor y tu voluntad, y dándote sobre todo a ti mismo, cuanto eres y vales, tu alma, tu espíritu y vida. Si Dios te amó tanto que te dió su es-

píritu, tú, ya que no vales tanto como el Espíritu de Dios, debes darle todo lo que vales.

Reverenciemos, pues, este soberano Espíritu, tratémosle como merece su infinita santidad y bondad. Espíritu es; vivamos en espíritu, no por las leyes de la carne y sangre. Dios es; sirvámosle como ángeles. No es amigo de la carne el Espíritu Santo. Una de las principales causas que señalan los Doctores (13) porque se ausentó Cristo nuestro Redentor de los hombres y subió a los cielos, fué por el grande amor que tenían sus discípulos a su Sacratísima Humanidad, por lo cual fué menester se fuese al cielo, primero que viniese a la tierra el Espíritu Santo. ¡Oh, qué puestos en Dios nos quiere este Divino Espíritu! ¡Qué lejos de afectos de tierra! ¡Qué celoso es de que sea todo espíritu, pues le vemos aún celoso de aquella carne limpísima, que fué concebida por el mismo Espíritu Santo! Para que se desengañen los hombres que no estará el Espíritu de Dios donde hay obras de carne. Limpísimo es este Señor, y quiere gran limpieza de afectos: huye de cuerpos muertos y de todo lo que está muerto en Adán.

La paloma que salió del arca de Noé tomó un ramito verde de oliva; y no queriendo poner sus pies sobre algún cuerpo muerto, muy limpia se volvió al arca. El cuervo todo se cebó en comer carne muerta (*Gen.*, 8). La paloma es figura del Espíritu Santo, que es todo vida y limpieza; y quien la tiene, ha de vivir una vida limpia, pura, espiritual y santísima. No se ha de mirar ya como hombre quien se ha confesado con verdadero arrepentimiento de su vida pasada; no se ha de mirar como de carne y sangre, sino como un ángel, como quien tiene consigo el Espíritu de Dios: de todas las aficiones que antes tenía a cosas de la tierra, ya ha de estar olvidado; las inclinaciones de carne halas de aborrecer; todas las pasiones desbocadas ha de refrenar; no debe tener otro sentimiento vivo, sino de las cosas divinas; no le ha de quedar otro afecto, sino de Dios. El Espíritu Santo es el amor de Dios; y así, quien le tiene, todo ha de ser amor, no de tierra, no de carne y sangre, sino de Dios.

---

(13) B. Avila, *Del Espíritu Santo*, trat. 2, n. 8. De allí toma el autor algunas cláusulas.

§ 3

No quita esto que se haya de amar a los hombres, antes se han de amar más, porque se han de amar con el amor de Dios. Y así notó San Agustín (14) que dos veces dió Cristo nuestro Redentor al Espíritu Santo: una desde la tierra, otra desde el cielo; una cuando estaba aún entre los hombres, otra cuando está sentado a la diestra de Dios. La una dice que fué por el amor del prójimo; la otra, por el amor de Dios; porque con un mismo espíritu y amor hemos de amar al prójimo que a Dios, amando a los hombres por Dios.

«Por eso, dice Alcuino (15), el Espíritu Santo fué dado dos veces, para que se encomendasen los dos preceptos de la caridad. Dos son los preceptos, pero la caridad es una; y así, siendo uno el Espíritu, fueron dos sus dádivas. En la tierra se da el Espíritu Santo para que se ame al prójimo; dase también desde el cielo, por que se ame a Dios. Aunque sean una cosa Dios y otra el prójimo, pero con una caridad se han de amar Dios y el prójimo. A Dios se ha de amar más que a sí mismo; al prójimo, como a sí mismo. Cristo dió el Espíritu Santo en la tierra; pero lo que dió es del cielo, y Aquél le dió que descendió del cielo. En la tierra halló a quien dar; pero desde el cielo trajo lo que había de dar.»

Pues quien tiene en su alma este soberano don del Espíritu Santo, que es el amor de Dios, ha de procurar arrancar todo otro afecto de su corazón, y amar a Dios y al prójimo: a Dios, por sí; al prójimo, por Dios, teniendo paz con todos, sin injuria ni envidia ni emulación de nadie; porque, como dice el Apóstol, *la caridad es paciente y benigna.*

---

(14) Lib. 5, *De Trinit.*, cap. 26.
(15) Lib. 3, *De Fide S. Trinit.*, cap. 21.

¡Oh Señor, y quién os amara como merece vuestra infinita bondad, y a mi prójimo como merece la sangre de mi Redentor, que derramó por ellos! Os amo, Dios mío, sobre todas las cosas. ¡Oh Señor; que no puedo más! Tomad vos mi corazón, y amaos con él; tomad mi voluntad, y llenadla de vuestro amor; tomad mi entendimiento, y dadle luz para que os conozca; tomad mi memoria para que nunca se olvide de vuestro Espíritu Santo; tomad todas mis potencias y anegadlas en vuestras grandezas; tomad toda mi alma, y llenadla de vuestro Espíritu. Apoderaos, Señor, de todos mis miembros y sentidos, para que todo yo me emplee en vuestro servicio y amor; pues veis que yo no puedo más y que tódo lo que puedo es muy poco.

Si alguno desea saber si está en gracia y tiene en sí este soberano Espíritu y divino don, mire si tiene amor de Dios y del prójimo, y limpieza de vida y la inocencia que este soberano Espíritu requiere. Estas son las mejores conjeturas con que se puede rastrear algo de la posesión de este inmenso bien. «Si deseamos—dice Dionisio Richel (16)—saber probablemente si tenemos por la gracia al Espíritu Santo, examinemos nuestro interior: si cumplimos los preceptos divinos, si evitamos todo pecado mortal, si amamos de corazón hasta los enemigos, si andamos con temor delante de Dios, si nos abrasamos de caridad y celo de la honra divina y deseo de la salvación de cuantos hay, despreciando todas las cosas de la tierra y de la carne.» Con estas señales se puede sosegar el alma devota; porque, aunque con evidencia no se puede saber si está uno en gracia, puédese entender lo está en quien se ve concurrir semejantes virtudes. Pero de esto en otro lugar trataremos.

---

(16) Comm. in Joan., 4.

## CAPITULO 2

### EL QUE ESTÁ EN GRACIA NO SÓLO TIENE EN SÍ AL ESPÍRITU SANTO, SINO A TODA LA SANTÍSIMA TRINIDAD

§ 1

Con esta tan grande excelencia de la gracia de traer consigo a la persona del Espíritu Santo, se junta el estar también en quien la tiene todas tres Personas divinas, que en él habitan y le acompañan. Y así, dijo San Juan (1 *Jn.*, 4): «*En esto conoceremos que estamos en Dios y que Dios está en nosotros, porque nos dió de su Espíritu.*» Porque como el Espíritu Santo sea una misma esencia con el Padre y el Hijo, donde está Él están las otras dos Personas. Y así Alcuino, hablando de la caridad que el Espíritu Santo, juntamente con la gracia, derrama en las almas, dice (1): «Por ella toda la Santísima Trinidad habita en nosotros.» San Agustín lo dijo mejor: «Hace el Espíritu Santo, con el Padre e Hijo, en los Santos morada interiormente, como Dios en su templo; Dios, que es la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, vienen a nosotros cuando nosotros venimos a ellos.»

Cristo, nuestro Redentor, dejó esto mismo bastantemente declarado cuando dijo: *Si alguno me ama y guardare mi palabra, mi Padre le amará, y vendremos a Él y haremos en Él morada.* Poco antes, hablando de la venida del Espíritu Santo, dice (*Jn.*, 14, 20): *En aquel día conoceréis cómo Yo estoy en el Padre, y vosotros en Mí y Yo en vosotros.*

A este propósito refiere Orígenes aquellas palabras de San Juan (1 *Jn.*, 1): *Nuestra compañía sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo.* Y ad-

(1) *De Fide Trin.*, lib. 2, cap. 19.

vierte que ésta es *la compañía del Espíritu*, de la cual habló San Pablo, escribiendo a los filipenses (2, 1); y otra vez cuando dijo (2 *Cor.*, 6): *¿Qué compañía puede haber de la luz con las tinieblas?* Y San Pedro, hablando de la gracia, nos enseñó que por ella éramos *partícipes de la Naturaleza divina*; esto es, compañeros, dice Orígenes [2], el cual añade luego: «Pues si nos han dado que estemos en compañía del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, obligación nos corre de mirar que no neguemos esta santa y divina compañía con algún pecado; porque si hiciéremos obras de tinieblas, cosa cierta es que hemos negado la compañía de la luz.» Por esto mismo, declarando San Agustín cómo Dios, que está en todas partes, se dice en la oración que nos enseñó Jesucristo, *que está en los cielos*, dice que estos *cielos* son los justos en la tierra, y los ángeles que están en el cielo, en los cuales está por gracia con particularísima presencia; porque no hay cielos más puros ni corte donde resida toda la Santísima Trinidad con más gusto, que en una criatura que está en gracia.

Esta grandeza del alma santa que tiene gracia, no sé cómo la declare; porque ni hay palabras que la puedan significar, ni pensamiento que la pueda concebir, y cualquier encarecimiento es cortedad. ¡Dios, en compañía del hombre! ¡Dios, dentro de un alma, y no sólo Dios como quiera, con una sola Persona divina, sino con todo lo que es la Divinidad! No sólo la naturaleza divina participada, sino en substancia todas las tres Personas divinas. Admirable es la fuerza y grandeza de la gracia que trae a sí toda la Santísima Trinidad.

San Juan Crisóstomo no supo con qué declarar esto, sino con el ejemplo de la cosa que más ha admirado al mundo, cuando Josué detuvo al sol. «¿Acaso, dice (3), cada uno de vosotros quisie-

(2) Homil. 4 in Levit.
(3) Homil. 27, in ep. ad Hebr.

ra tener esta gracia de mandar al sol y a la luna? Pero si queremos, mayores cosas podemos alcanzar. Mirad qué es lo que nos prometió Cristo: no que detengamos al sol y la luna, no que volvamos al sol atrás; pues ¿qué fué? *Vendremos*, dice, *al hombre Yo y mi Padre, y haremos en él mansión*. ¿Qué he menester yo al sol o a la luna, o a otros milagros semejantes, pues el Señor de todas las cosas vino a mí, y queda en mí firme y estable?»

¿Qué es esto de venir Dios y hacer jornada toda la Santísima Trinidad? ¿Para qué? ¿Para dónde es este camino de las Personas divinas? ¿Es para un nuevo paraíso? ¿Es para otro mundo mejor? ¿Es para otro cielo empíreo más grande? No, sino para el alma de quien está en gracia: por ella viene Dios, a ella viene Dios, en ella descansa Dios; porque es de tal estima la gracia, que vuelve digna morada de la Santísima Trinidad a la que antes era un muladar de vicios, un infierno de pecados y cueva de demonios.

Tan poderosa es la gracia, que apareja tal palacio a Dios, que no puede dejar de estar en él; y antes dejarán las tres divinas Personas de estar en el cielo empíreo, que en el corazón de quien está en gracia. La gracia es mayor que el mundo. La gracia es mejor que el cielo empíreo. La gracia es el mejor palacio que Dios tiene en las criaturas. La gracia es el más ameno paraíso de deleites de las tres Personas divinas. La gracia es el más majestuoso trono de la Santísima Trinidad, y así vienen todas tres divinas Personas al alma que la tiene.

¡Oh temeridad de los pecadores! ¡Oh atrevimiento estupendo y prodigiosa maldad, cuando por un pecado mortal echan a Dios de su mejor alcázar, y derriban su silla más rica y trono más majestuoso! ¿Quién hay que se atreviera a arrojar la Humanidad del Niño Jesús del pesebre en que le puso su pobreza?

¡Y que haya atrevimiento para arrojar de su trono la divinidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo!

§ 2

Y si sólo el venir las tres Personas divinas a los que están en gracia es bien tan inefable, ¿qué será para lo que vienen, que es para hacer con ellos compañía? ¿Qué es esto de compañía con Dios? ¿Quién tal oyó, que una persona criada entre en cuenta, y tenga compañía con las tres Personas divinas? ¿Qué es esto, que la criatura entre en orden con su Criador? El venir Dios para pisarnos la boca, fuera gran merced; el venir para tratarnos como esclavos, fuera un insigne favor; pero para hacernos compañía, ¿quién tal oyó, ni tal imaginó? Compañía significa igualdad; ¿qué igualdad puede haber con Dios? ¿Qué favor es éste? ¿Qué dignación tan infinita?

Qué bien tengan los que están en gracia, y qué obligación de corresponder a este favor de hacer compañía con Dios, lo dice Dionisio Cartujano por estas palabras (4): «Compañeros se llaman aquellos que están juntos de buena gana, y hablan familiarmente, y no llevan bien estar apartados, aspirando a una particular unión; los cuales se descubren unos a otros los secretos, guárdanse fidelidad, regocíjanse de verse presentes, y en todas sus acciones se comunican, porque hacen de buena gana unas mismas cosas; y ayúdanse unos a otros, dándose la mano cuando es menester, y cada uno desea la prosperidad del otro. Pues a este modo, el que es verdadero y devoto cristiano está con Dios de buena gana, confesando con el Salmista (72, 28): *Bien me está a mí allegarme a*

(4) Comment. in 1 Joan.

*Dios.* Y en otra parte: *Mi alma se allegó yendo tras ti.*

«Y entre Dios y este fiel a Jesucristo hay familiar y continua conversación, porque está siempre hablando largamente con Dios en la oración y meditación de cosas saludables al alma; porque sabe que Cristo dijo: *Importa orar siempre, y no faltar de esto.* Y el apóstol San Pablo: *Orad sin intermisión.* Dios también le habla a él por soberanos impulsos, por ilustraciones y unión interna, por las Sagradas Escrituras y por las inspiraciones de los ángeles. Finalmente, este hombre no puede llevar vivir apartado de Dios, porque incomparablemente le ama de todo corazón; antes mientras no siente la presencia de Dios, y sus hablas interiores y otras señales de familiaridad divina, gime y se estremece no haya ofendido a Dios, y así le haya dejado; por lo cual siempre aspira a unirse más con Dios, y trata de acercársele más y más. Dios también le acaricia y trae a sí de muchas maneras.

»Demás de esto, Dios y el devoto cristiano se manifiestan los secretos; porque el hombre santo, conforme a lo que dice Jeremías (*Tren.*, 2, 19), *derrama su corazón como agua delante de Dios,* y Dios, por la unión de su espíritu, le enseña todo, y muchas veces *las cosas inciertas y ocultas de su sabiduría le manifiesta,* pues Cristo dijo a sus discípulos: *Todas las cosas que oí de mi Padre os hice notorias.* Conserva también el hombre santo fidelidad con Dios, exclamando con el apóstol San Pablo: *¿Quién me apartará de la caridad de Dios?* Evita las aficiones del mundo y de la carne; guarda su alma para que con algún pecado mortal no se amancebe con el demonio y se haga adúltera a Dios, sino que permanezca esposa y compañera del celestial Esposo. Dios también en ninguna manera le dejará, sino es que primero sea dejado.

»Fuera de esto, Dios y este tal cristiano se glo-

rían de verse presentes; porque *las delicias de Dios es estar con este tal hijo del hombre*, el cual también se huelga en el Señor; *y si no es con él, rehusa su alma consolarse*.

»Demás de esto, comunícanse en el obrar, esto es, en hacer de buena gana unas mismas cosas; porque de la manera que Dios se mira sin cesar siempre, y se ama, y ama la justicia, ejercita piedad, comunica a otros su bondad exhortando a todos a su salvación, y a sus enemigos hace muchos beneficios, así también el cristiano fiel a Jesucristo, siempre está ocupado en la consideración y contemplación de la suma e increada Verdad, y en el amor de la infinita Bondad; cela la justicia, es piadoso y liberal; y los bienes de gracia que ha recibido, los reparte a otros liberalísimamente; desea la salvación de todos, ama sus contrarios, da bienes por males.

»Fuera de esto, Dios y el justo cooperan ayudándose; porque Dios obra por él, dale ayuda y mira por él; él también coopera con Dios de dos maneras. La primera en sí mismo, porque dando asenso a las inspiraciones divinas, vive por su dirección. La segunda en otros, exhortándolos a obedecer y consentir con Dios, por lo cual dijo San Pablo (1 *Cor.*, 3, 9): *Somos cooperadores de Dios*.

»Finalmente, Dios desea al justo la verdadera dicha y bienaventuranza perpetua: el justo también quiere que Dios sea honrado de todos, y desea de todo su corazón y entrañas sea glorificado.

»Ves aquí cuánta es la dignidad de la caridad infundida por la gracia al alma; cuán admirables y excelentísimos efectos causa en el alma: y no es maravilla, pues es una sobrenatural semejanza del amor increado, esto es, del Espíritu Santo. ¡Oh cuán grande es esta nobleza de la criatura racional, de tener participación de la naturaleza divina y hacer compañía con su Criador! Pero ¡ay, que *como estuviese el hombre en*

*honra, no lo entendió! Fué igualado a los jumentos rudos,* y por vicios espirituales y carnales, se conforman y agregan muchísimos a los demonios y bestias. Pero nosotros, huyendo de la vanidad, vileza y maldad de éstos, estudiemos de la manera que hemos dicho, de tener compañía con Dios, el cual dice lo que dijo en el *Génesis* a Jacob: *Yo seré compañero de tu camino.*» Todo esto es de Dionisio.

## § 3

De esta compañía que hacen las personas de la Santísima Trinidad al que está en gracia se ha de sacar una grande estima de los siervos de Dios, y los que se entiende están en amistad y gracia suya, mirándolos como un relicario de Dios, como un sagrario de la divinidad. ¡Con qué reverencia se guardan algunas reliquias de santos! Pues no es más un relicario donde están los huesos de cuerpos muertos, aunque de hombres santos, que el sagrario donde está la Divinidad viva, y que vivirá eternamente. No es más el relicario donde están cenizas de los justos, que el relicario donde están las mismas Personas divinas.

¡Oh, quién pudiera declarar la reverencia que se debe a un alma que está en gracia!

¡Oh alma santa, si te conocieras, cómo estimaras cuán inexplicable es tu dignidad y grandeza! ¡Oh alma santa, querida de Dios, habitada de Dios, querida y reverenciada de los ángeles! ¡Oh alma santa, deleitable paraíso de tu Criador, tálamo de Dios esplendidísimo, tabernáculo de la Santísima Trinidad, más hermoso que el sol; arca de oro, no del Viejo, sino del Nuevo Testamento; altísimo trono de la Divinidad! ¡Oh alma santa, cielo mayor que los cielos, más capaz que el firmamento, que encierras en ti, no estrellas, sino las tres divinas Personas, Corte divina de toda la deidad! ¡Oh alma santa, relicario de Dios vivo, sacrosanto altar del Dios de la majestad, cielo empíreo y mansión deseada de Dios! ¡Oh alma santa, hija de Dios Padre, hermana de Dios Hijo, esposa del Espíritu Santo, templo de la Santísima Trinidad! ¡Oh alma santa, hermosura de todo lo criado, mayor que el mundo, tesoro de los dones del Espíritu Santo,

palacio de la majestad increada, sagrario de la santidad del mundo! ¡Oh alma santa, compañera de las tres divinas Personas! ¡Oh alma santa, si te conocieras, y cómo te estimaras, no por lo que de ti tienes, sino por lo que te viene de la gracia!

Razón, pues, será que se estime quien está en gracia, después de haber recibido dignamente los Sacramentos, y no haga cosa indigna de su autoridad, y de la majestad infinita de las tres divinas Personas que le acompañan.

Antes deben todos los que humildemente confían en la misericordia divina que están en gracia, tratarse como compañeros de Dios, buscando en todo sólo su honra y gloria, conversando en el cielo más que en la tierra; amando, reverenciando, sirviendo a aquella omnipotente Majestad, que se dignó albergar en el rincón y estrechura con que puede recibir un alma las Personas divinas. Y pues vienen a nosotros, vengamos a ellas; salgámosles al encuentro, pues nos buscan; ni las auyentemos, ni huyamos, sino, pues vienen, vengamos. Porque, como San Agustín dice (5): «Padre, Hijo y Espíritu Santo vienen a nosotros cuando venimos a ellos. Vienen ayudando, venimos obedeciendo; vienen alumbrando, venimos conociendo; vienen llenando, venimos recibiendo; para que su vista no sea en nosotros por defuera, sino interior, y su mansión sea en nosotros, no de paso, sino eterna.»

## CAPITULO 3

### LA GRACIA ES VIDA DEL ALMA

Todo lo que hasta aquí hemos dicho pertenece a la participación de Dios, que tienen los que están en gracia: ahora trataremos otros admirables efectos de la misma gracia.

Empecemos por el que es fundamento de otros muchos, y es dar vida al alma, resucitándola de muerte a vida. Porque el pecado es muerte del alma, como la gracia es su vida. El Sabio (*Sap.*, 6)

(5) Tract. 76 in Joan.

dice: *El hombre por la maldad mata su alma.* Y en el Apocalipsis (3, 1) dijo el Señor a un pecador: *Bien conozco tus obras, y que estás en opinión que vives, pero estás muerto.* Porque pensaban los hombres que era santo, y no era sino pecador, y por eso le llama muerto. Todos fuimos muertos en Adán por el pecado, que es muerte del alma; pero la gracia es su vida, y *vida eterna*, como la llamó San Pablo. Y San Agustín dice (1): «La muerte del alma se causa cuando Dios la deja, como la del cuerpo cuando el alma le deja.»

No es necesario detenernos más en esto, sino llegar luego a declarar cuán gran bien sea este de la gracia en ser vida del alma. En lo cual se deben considerar tres cosas. La primera, qué cosa sea la vida, qué precio y estimación tiene. La segunda, qué sea el alma que por la gracia vive; porque cuanto fuere ella más excelente, más preciosa ha de ser su vida. La tercera, qué género y calidad de vida es la gracia, que no es comoquiera, sino la suma que puede alcanzar una criatura pura. De todas estas tres cosas diremos algo con más brevedad que la materia requería.

§ 1

La vida es cosa tan preciosa, que no hay cosa a que no se prefiera; y en sí es tan perfecta y excelente, que la cosa más vil del mundo, que viva, es más perfecta y en sí más preciosa que todas las minas de oro y plata del mundo; tanto, que dijo San Agustín que una mosca asquerosa, por razón sólo de la vida, era más perfecta que esos cielos purísimos y esas hermosas estrellas. Más consumada cosa es, más perfecta, más estimable en sí un vil gusanillo, que no el sol que admira

(1) Lib. 3, *De Civit.*, cap. 2.

el sentido humano; no más sino porque el uno tiene vida y sentido, el otro no. El sol es la hermosura del mundo, la alegría de la naturaleza el mayor espectáculo del cielo que vemos, el rey de la luz, y es mayor muchas veces que la tierra. Todas estas excelencias no equivalen a una sola del vivir de un gusarapillo. El vivir es más que todo, por sólo la perfección de la vida. Lo más imperfecto de la naturaleza que vive y siente, es más perfecto que todo el firmamento, aunque tan esmaltado de astros y hermoso a los ojos. Por lo cual dijeron algunos que lo extremo y sumo de la naturaleza era la vida, y así la llamaron la extrema naturaleza.

Pues si cosas tan viles son tan perfectas y excelentes por sólo la vida, cosa preciosísima es vivir: ¿y qué será cuando la vida es de cosas más excelentes?

Verdaderamente, los hombres no tienen cosa de mayor precio y estima que la vida; por ella dan todas las demás cosas. Y Aristóteles dijo (2): «La misma vida, aunque no consiga otro bien, con todo eso por sí sola se ama, se desea y se codicia.»

§ 2

Esto sintió el filósofo hablando de la vida del cuerpo; porque en la del alma, mucha mayor razón hay para ser estimada, cuanto va del alma al cuerpo, y cuanto es más excelente el alma que las demás vidas y naturalezas de todo este mundo. Porque la dignidad del alma, no hay elocuencia que la pueda declarar. San Crisóstomo (3) se halló falto, y así en breves palabras procuró decir lo que pudo. Suya es aquella sentencia: «Ninguna cosa hay que se pueda com-

---

(2) *Rhetor.*, lib. 1, cap. 6.
(3) In Epist. 2 ad Cor., cap. 1.

parar con el alma; ni el mundo universo.» San Ambrosio (4) confirma lo mismo, diciendo: «Es cosa pequeña toda la redondez de la tierra respecto de la pérdida de sólo un alma.» El mismo Redentor del mundo dijo a Santa Brígida: «El alma es de mucho mejor naturaleza que el cuerpo, porque es de la virtud de mi divinidad e inmortal: tiene participación con los ángeles, es más excelente que el sol y la luna y los otros planetas, y más noble que todo el mundo.» ¿Qué será su vida, pues el alma es tan preciosa, y la vida es lo más precioso de ella? Porque si la vida de una cosa tan vil como una mosca, es cosa más perfecta que los cielos; la vida de cosa tan preciosa, que vale más que todas las demás vidas de la naturaleza, ¿qué será? Y más, no la vida comoquiera, sino la vida sobrenatural y divina, que se comunica con la gracia.

Esta perfección y grandeza del alma se puede echar de ver por lo que es en sí en términos de filosofía, y por lo que Cristo la estimó. El alma *en sí* es la criatura más noble de este mundo, es, de su esencia, espiritual, en duración inmortal, hecha a imagen y semejanza de su Criador, y así preciosísima; es el principio y forma de la vida del hombre, a quien da muchas vidas; esto es, todo género de vidas, la nutritiva, la motiva, la sensitiva, la racional. Y si la vida más ínfima y baja es más que lo más subido y primoroso de los demás cuerpos inánimes de la naturaleza, por hermosos y lúcidos que sean, aunque entren los cielos, y lo que tiene por más precioso el mundo, ¿qué será la que, no una sola vida da, ni esa baja y vil, sino todo género de vidas naturales, hasta las más altas y preciosas, y ella vive con vida intelectual de ángeles, y es capaz de vivir por la gracia con vida divina?

Pero no puede la razón filosófica alcanzar tanto lo que es un alma racional, como nos dió a en-

(4) Lib. *De Bono mort.*, cap. 51.

tender la pasión de Cristo y el aprecio que de ella Dios hace. Por este camino se puede echar de ver mejor lo que es; como lo hizo San Bernardo, que dice (5): «Gran cosa es el alma, que fué redimida con la sangre de Cristo; gravísima cosa es su caída, que no se puede reparar sino con la cruz de Cristo.» Este precio que dió Cristo por el alma no fué a ciegas, no fué sin saber lo que compraba, porque bien entendido tenía lo que es el alma, y cuán estimable es su vida; por lo cual dijo San Agustín (6): «Redimida fué tu vida y librada de corrupción; está ya seguro que el contrato que se ha hecho es legítimo y de buena fe: nadie engañó a tu Redentor, nadie le hizo trampa, nadie le forzó; hizo su contrato, pagó el precio derramando su sangre. El único Hijo de Dios derramó su sangre por nosotros. ¡Oh alma, anímate! Tanto como esto es lo que vales.» Todo esto es de San Agustín. Y San Hilario, por la misma causa, dijo: «Que parece valer el hombre tanto como Dios.»

Pues si tan preciosa cosa es el alma, ¿cuán preciosa será su vida? Y ¡qué monstruosa será la muerte de una naturaleza inmortal!

¡Cuán prodigiosa es la locura de los hombres que la estiman en tan poco, que dan su alma al demonio por un gusto tan vil, que se corriera de él el mismo demonio! En menos estiman al alma que el demonio, que tanto la aborrece, el cual juzga que debe dar el hombre por ella todas las cosas antes que perder a ella sola; y así respondió Dios que *daría el hombre cuanto tiene por su ánima*; las cuales palabras, considerando Salviano, Obispo antiguo de Marsella, dice (7): «Que deba ser el alma del hombre muy querida y amada, aun el mismo diablo no lo negó; y el que procura apartar a todos que tengan amor a sus almas, confiesa él mismo que todos deben tener muy amadas sus almas. Pues ¿qué locura tan furiosa es

(5) Epist. 45.
(6) In Psalm. 102.
(7) Lib. 3, *Ad Eccles.*

que vosotros tengáis por viles a vuestras almas, que el demonio dice que las debéis tener en grande estima, aunque las procura él envilecer? Y por esto, cualquiera que no hace caso de su alma se ama menos que debe, a juicio del mismo diablo.»

¡Oh locos hombres, oh dementados hijos de Adán! ¿Qué pensáis ganar, si recibís alguna pérdida del alma? ¿Es verdad o mentira lo que publica la Verdad eterna, que dice: *¿Qué le aprovecha al hombre si gana todo el mundo, padeciendo algún daño de su alma?* ¿Qué ganas en ese gusto, que antes se pasa que llega? ¿Qué ganas en esa palabra de injuria? ¿Qué ganas en ese mal pensamiento que tienes? ¿Qué ganas en eso que usurpas, y en la hacienda que no restituyes con pérdida de tu alma? ¿Es por ventura eso *todo el mundo?* Lejos está de ser un reino de la tierra. Pues si, aunque ganases *todo el mundo*, aunque él fuera de rubíes y diamantes, con una pequeña pérdida de tu alma todo es poco, pues pierdes más que todo el mundo; cuando ganas tan poco, ¿cómo te atreves a perder tanto?

Desengáñate que es imposible que ganes algo cuando interviene menoscabo de tu alma; antes todo es daño, todo es perdición. Con mucha verdad dijo Salviano: «Los daños del alma te quitan totalmente todo, y se lo llevan consigo; no puede tener nada el hombre, que se pierde a sí mismo. Por tanto, no dudes en dar todo por ti, porque si a ti te perdieres, pierdes en ti todas las cosas; pero si a ti te ganares, tendrás en ti y contigo todo.»

## § 3

Si la vida es la cosa más preciosa que hay, aun en las naturalezas más bajas y viles, y si el alma racional es la substancia más sublime y preciosa que hay en todo este mundo, pues ella sola vale más que todo él, ¿qué será la vida del alma? ¿Y qué será la vida, que es tan preciosa, en cosa tan preciosa? Un raro diamante o carbunclo dondequiera es precioso; una corona real de oro también es preciosa; pero si están en toda ella engastados preciosísimos carbunclos, toda esta jun-

ta es más preciosa. De la misma manera, porque es preciosa la vida y preciosa el alma, viene a ser que la vida del alma es preciosísima sobre todo valor y estima.

Aprendamos a estimar la vida del alma por lo que se estima la del cuerpo. ¿Qué no hacen los hombres por defenderla, qué no sufren por dilatarla, qué no padecen por sustentarla? ¿A quién no pasma ver que toda la ocupación de tantos millones de hombres como hay en ciudades, campos, mares, en tantos reinos y repúblicas del mundo, todos están trabajando y afanándose por sustentar la vida? Los labradores sudan en la agricultura, los soldados padecen en sus estancias, los artífices trabajan en sus obras, los repúblicos se desvelan en sus trazas; a todo el trabajo de los hombres sustenta el amor y deseo que tienen de la vida, y ésa mortal, y ésa corta, y ésa miserable. Pues ¿cómo la vida del alma inmortal y eterna no dará algún cuidado?

No es menos horrible la muerte del alma que la de la carne. ¿Qué horror no causaría ver un cuerpo de ocho días muerto, desfigurado, yerto, sin acción ni movimiento, echando de sí un hedor pestilencial, podridas las entrañas y la mitad del cuerpo, todo manando gusanos? ¿Qué miedo y asco no te causara estar junto a este espectáculo una hora? ¿Pues qué si te ataran con él, que cayeras boca con boca, pecho con pecho y manos con manos, y así te dejaran algún tiempo atado? ¿Quién duda sino que a pocos días te hallaran muerto? ¿Cómo se te sufre traer ocho días contigo, y un mes y un año tu alma muerta, con la cual no estás atado exteriormente, sino íntimamente unido? Más abominable es el alma muerta que el cuerpo; más fea está, mayor hediondez echa de sí.

Escribe San Antonino (8), que como una vez caminase un santo monje acompañándole un án-

---

(8) 4 p. Sum., tit. 14, § 1.

gel en forma humana, se encontraron con un hombre muerto, y por el mal olor que echaba de sí, el monje se tapó las narices con la capa; mas el ángel no hizo demostración alguna. Poco después se encontraron un gallardo mancebo ricamente vestido, con mucho olor de ámbar que echaba de sí; en viéndole el ángel se tapó fuertemente las narices. Maravillado el monje de ver a su compañero se tapase las narices a los olores de aquel bizarro mancebo y no a la hediondez del muerto, le respondió el ángel ser la causa estar aquel mancebo en pecado mortal. Porque los ángeles no sienten el mal olor de los cuerpos, sino la hediondez que las almas por los pecados tienen, más maldita y abominable, sin comparación, que la de los cuerpos muertos.

De Santa Catalina de Sena se cuenta en su vida (9), que estando en la ciudad de Sena sentía el olor pestilencial de los pecadores que estaban en Roma. ¡Qué fuerte pestilencia, que a tantas leguas arrojaba tan hediondos vapores! Una vez, llegando una mujer muy bien compuesta a hablar a la Santa, no la habló palabra Santa Catalina; y preguntándole la causa su confesor, le dijo que porque estaba en pecado mortal, y echaba de sí un olor tan pestilencial, que le hacía echar las entrañas.

También San Felipe Neri no podía sufrir el mal olor de los que estaban en pecado, y por eso solía taparse las narices con un lienzo, porque aun sensiblemente le parecían abominables y hediondos.

¡Oh, si viera uno que está en culpa grave cómo está su alma muerta! ¡Oh, si viese la pesadumbre que da al Angel de su guarda, qué contristado le trae, signifiquémoslo así, dándole siempre en las narices el mal olor de su espíritu mortecino y maldito! San Basilio dice (10): «Como el

(9) Lib. 3, cap. 7.
(10) Orat. 3 de Peccat.

humo avienta a las abejas y la hediondez a las palomas, así también arredra al Angel custodio de nuestra vida el pecado hediondo y digno de ser llorado.»

¿Y qué horror será en una comunidad de hombres santos, entre los cuales andan sus ángeles gozosísimos, si estuviese uno en pecado mortal, que con la podredumbre de su alma muerta ofendiese a todos aquellos santos espíritus y los arredrase de donde estaba, andando siempre, cuanto es de su parte, como espantándolos, digámoslo así, con su espíritu muerto y corrompido? Así como es más el alma que el cuerpo, así la muerte del alma es mucho más horrible que la muerte del cuerpo; y así como el alma vale más que cuantos cuerpos hay en la naturaleza, así la muerte de un alma sola es más que la muerte de cuantos cuerpos hay y ha habido en la naturaleza. ¡Quién pudiera sufrir solamente el ver en un montón los cuerpos muertos de cuantos hombres hay y ha habido en el mundo, todos medio comidos de gusanos, echando de sí el hedor que tantos millones de muertos pudieran exhalar! ¿Qué contaminación no causaría en el aire toda aquella corrupción? Pues más horrible y asquerosa cosa es la muerte de un alma sola.

Bien se puede echar de ver esto por la muerte espiritual de nuestro primer padre, que fué el pecado que cometió, el cual se castigó con la muerte corporal de todos los hombres del mundo; y no excedió la pena a la culpa, porque es peor sólo una muerte de un alma, que es un pecado grave, que la muerte de los cuerpos de todos los hombres que son, fueron y serán.

Mire ahora el pecador qué cosa es el pecado: mire qué estrago causa por no irse a la mano en un gusto vilísimo. Dios por su misericordia nos lo dé a entender y ponga en nuestro corazón horror y temblor de cualquier pecado.

¿Cuántos hay que no pudieran dormir a solas con un difunto en el aposento? ¡No pudieran co-

mer bocado teniendo un muerto sobre la mesa, y que teniendo dentro de sí su alma muerta, puedan comer, dormir y reír!

§ 4

Cuanto la muerte del alma es más monstruosa y horrible, tanto es su vida más deseable y preciosa; y así la gracia, que es su vida, debe ser la cosa más deseada y estimada del mundo.

Allégase a esto que la gracia no es vida del alma como quiera, sino tal que la saca y levanta a un orden de vida común sólo con Dios, a acciones y obras sobrenaturales, a que tenga una vida semejante con la divina, y vivificada con el Espíritu Santo. El alma es cosa tan excelente, que aunque su vida se quedara dentro de la jurisdicción de la naturaleza, de modo que sólo fuese de orden natural, fuera más preciosa que todas las vidas de los cuerpos más hermosos del mundo; pues siendo de orden sobrenatural, elevándola a una vida divina y acciones deíficas y nacidas de un mismo Espíritu con el de Dios, ¿qué estima merecerá?

Verdaderamente, la excelencia de la vida del alma no se ha de medir tanto por las ventajas que hace el alma al cuerpo, cuanto por las que hace el Espíritu Santo al alma. Porque el oficio que hace el alma con el cuerpo hace Dios con el alma. Y por eso han llamado algunos a Dios alma del alma. Y Santo Tomás (11) dice, que el primer ser y vida tiene el cuerpo del alma como de su forma substancial, mas el segundo ser y vida tiene el alma de Dios, como de suma y primera forma, que efectivamente hace en el alma lo que el alma en el cuerpo por su unión. Porque el mismo Espíritu de Dios da vida al alma. Y así dijo Cristo (*Jn.*, 6): *El Espíritu es el que vi-*

---

(11) Opusc. *De dilect. Dei.*, cap. 20.

*vifica;* esto es, el Espíritu Santo y su divinidad, cuyo Espíritu se infunde en el que está en gracia.

Esto mismo significó el mismo Señor cuando se dignó pronunciar aquellas dulces palabras: *Así como me envió mi Padre, que vive, y Yo vivo por mi Padre, así también quien me comiere vivirá por Mí.* Como si dijera, dice un Doctor: Así como Yo recibí la vida de mi Padre, que me envió, así también el que, por comer mi cuerpo, recibe gracia, recibirá de mí la vida; porque la vida que recibí de mi Padre la traspasaré en aquellos que me comen, para que con una misma vida el Padre y Yo y ellos vivan. Pues la vida que recibió del Padre es la divinidad, la cual, como Verbo de Dios, la recibió por la generación eterna, y como hombre por la unión hipostática; pues esta vida trasfunde en nosotros por la gracia. ¿Qué es esto, que viva el hombre con el Espíritu de Dios? ¿Que así como vive Cristo por su Padre, viva el que está en gracia por Cristo? ¿Qué mayor excelencia se puede decir de la gracia, pues da vida y tal vida? Da una vida tan viva, que en su comparación se pueden llamar muertes las más excelentes vidas.

San Pablo, como conocía esta grandeza, no hacía caso de otro ser ni de otra vida, y así dice: *Por la gracia de Dios soy lo que soy.* Y otra vez dice: *Vivo yo, ya no yo, sino Cristo, que vive en mí.* Porque vivía vida divina de gracia con el Espíritu de Cristo, y así la vida natural tenía por muerte.

La excelencia por sí del alma racional, su grandeza y estima sobre toda otra criatura de este mundo que vemos, es por ser imagen de Dios, mirada aun según su naturaleza; por ser espiritual, intelectual, inmortal, indivisible, estar toda en todo el cuerpo y toda en cada parte. Pero todo eso no es más que una representación muerta, porque no tiene, según su naturaleza, la vida y Espíritu de Dios. ¿Qué será cuando por la gracia vive ya y obra con Espíritu divino?

Una estatua muerta de un príncipe es de tanta estima, que se tiene por crimen *laesae Majestatis* el derribarla. Pues si en esa estatua se trasfundiesen el espíritu y alma del mismo príncipe para que con ella viviese, ¿qué veneración no se le debería? Lo mismo pasa con el alma, que es por sí estimabilísima sobre todas las demás substancias de este mundo visible, sólo por ser imagen y estatua de Dios, aunque inánime, sin su vida y Espíritu. Mas por la gracia se infunde el Espíritu de Dios, con que ya vive con vida divina; ¿qué aprecio y estimación se le acrecienta con esto?

No es posible estimarse esto como debe, mientras no se despida el alma de los sentidos, que con la tosquedad y bulto de sus objetos nos engañan; pero la fe y consideración los ha de desmentir. Mienten, mienten los sentidos cuando te proponen por bien algún gusto con que has de atropellar con la gracia. Mienten, fementidos son, y traidores a tu alma. No hay bien donde hay tanto mal como la muerte del alma. No hay bien en comparación de la vida, y más de la vida del alma.

Aprenda del cuerpo el alma a desear su vida; no tiene el cuerpo cosa más estimada, no desea más; no perdona trabajo por ella; todo se ocupa en sustentarla y en conservarla; creciendo va y alimentándala cada día. No menos ha de hacer el alma, sino mucho más; no ha de tener cosa más deseada que la gracia, nada más estimado; por ella no ha de perdonar trabajo; toda se ha de ocupar en sustentarla y acrecentarla más y más cada día. Porque no sólo se pierde mucho cuando se pierde totalmente la gracia, y queda el alma muerta, sino cuando no se gana la gracia que se puede, y queda el alma menoscabada.

¿Sabes lo que se pierde en no ganar la gracia que pudiste? Con el siervo de Dios y temeroso de su ley hablo. ¿Sabes qué se pierde en la obra de virtud que dejaste de hacer? No pierdes la vida, pero pierdes el aumento de la gracia, y en esto se pierde más que pudieras ganar en la posesión de todo el mundo. *¿Que*

*aprovechará al hombre*—dice el Señor—, *aunque ganase todo el mundo, con menoscabo de su alma?* Menoscabo del alma es el menoscabo de la gracia, y menoscabo de la gracia es no ganar la que pudiste, dejando de hacer alguna buena obra por respeto mundano o comodidad de tierra.

Estime también el alma a lo que no sólo es como su alma, sino más que si fuera alma suya, que es Dios, de quien recibe ser, vida y movimiento divino, y ámele como a su alma. Tiernamente se requebró con Dios San Bernardo cuando dijo: «Mucho te tengo de amar. Señor, pues por Ti soy, vivo y conozco.» Como si dijera el alma, dice Santo Tomás: «Muy amada soy del cuerpo, porque recibe de mí estas cosas; y así, Señor, más vehementemente te tengo de amar, pues las recibo mucho mejores de Ti.»

Si un cuerpo humano sin alma tuviera sentido y conociera el bien que le había de venir con el alma, ¡cómo la deseara para que a sus miembros fríos diera calor, a sus potencias viveza, a todos sus sentidos vigor y a todo él vida, movimiento y hermosura, y lugar entre los hombres! Aprenda el alma a desear a Dios para que le dé calor de caridad, viveza de fe, vigor a su voluntad y a toda ella vida, movimiento y hermosura espiritual, conversación en los cielos con los ángeles y santos.

Mire el alma qué es el cuerpo sin el ser humano, vida y movimiento que ella le da; y tenga horror de lo que será ella misma sin el ser divino, vida y movimiento que le da Dios. Asombro nos había de causar ver cómo quedara el alma sin Dios, por lo que vemos cómo queda el cuerpo sin alma.

## CAPITULO 4

### LA GRACIA HACE A LOS QUE LA TIENEN HIJOS ADOPTIVOS DE DIOS Y HEREDEROS DEL REINO DE LOS CIELOS

§ 1

**La vida divinísima, que juntamente con el espíritu de Dios da la gracia, no es como quiera, sino que por ella se hacen también los justos**

hijos de Dios con todo rigor y propiedad. Y así dice San Ambrosio (1): «La gracia del Espíritu Santo hace hijos de Dios.» Y San Máximo (2) dice: «Por la gracia Dios se dice y hace Padre de aquellos que sólo tienen la natividad de su alma conforme a la virtud, que es por el Espíritu.» Y como los que están en gracia son hijos de Dios, son, por consiguiente, herederos de sus bienes, como de Padre suyo.

Este bien y alteza es tan inopinable y grande, que no se atreviera el pensamiento humano a imaginarlo, si el mismo Espíritu Santo, que pasa con sus beneficios muy adelante de todas nuestras esperanzas, no nos lo hubiera afirmado. Por San Pablo dice (*Rom.*, 8): *Todos los que se mueven por el Espíritu de Dios son hijos de Dios.* Porque el Espíritu de Dios ya es suyo; y así son semejantes al mismo Dios, y partícipes de su naturaleza divina por la gracia. En otra parte dice (*Gal.*, 4): *Porque sois hijos, envió Dios el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones, que clama: Padre, Padre.* Y San Juan escribe (1 *Jn.*): *Ahora somos hijos de Dios, y no se ha descubierto aún lo que seremos.*

San Pablo declaró qué género de filiación sea ésta, que es adoptiva, de hijos prohijados, que es de grande amor y merced. Sus palabras son éstas (*Rom.*, 8): *No recibisteis otra vez espíritu de servidumbre en temor, pero recibisteis espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos Padre, Padre. Porque el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, también somos herederos verdaderamente de Dios, pero herederos juntamente con Cristo.* El mismo Apóstol, escribiendo a los de Efeso (c 1), *bendice a Dios, que nos eligió por Cristo antes de criar el mundo, para que fuésemos en su acatamiento santos e inmaculados en caridad;*

---

(1) Lib. 1, *De Spir. Sancto,* cap. 4.
(2) Centur., 4, cap. 56.

*que nos predestinó para ser sus hijos adoptivos por Cristo, según el propósito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia.* Considerando San Anselmo estas palabras, nota que dijo San Pablo cosa mayor en decir *hijos adoptivos de Dios*, que en decir *santos e inmaculados*, y que es como *la gloria de la gracia* la adopción eterna.

Para entender el bien que hay en este beneficio que por la gracia alcanzamos, y lo mucho que en las palabras referidas nos dice el Apóstol, se ha de suponer que antiguamente—y nunca más que en tiempo de Cristo nuestro Redentor y de San Pablo—estuvo muy usado el prohijar hijos, que los latinos llaman *adoptar*, dando a los extraños el mismo derecho y dignidad que si fueran hijos naturales de legítimo matrimonio. De suerte que admitían al que hacían hijo adoptivo a su misma familia y apellido, teniéndole igual amor y tratándole con igual autoridad como si fuera propio hijo natural, y dándole derecho universal a sus bienes; de manera que por este modo de filiación se heredaban grandes patrimonios, aunque fuesen de reinos e imperios.

Todos los emperadores romanos que vivieron en el tiempo que Cristo nuestro Redentor estuvo en el mundo, sólo por hijos adoptivos heredaron el imperio romano, que fueron Augusto y Tiberio. Los que después sucedieron, en tiempo de San Pablo, de la misma manera: Calígula fué hijo de Tiberio; Claudio entró también por adopción, por ser hermano de Germánico, ya difunto, a quien había adoptado el mismo Tiberio; y al emperador Nerón, que martirizó al Apóstol, le dió tanto derecho el haberle prohijado Claudio, que fué antepuesto en la sucesión del imperio a Británico, hijo natural del mismo emperador.

Tenía tanta fuerza este modo de filiación, que no sólo por ella entraba el más extraño del mundo a la herencia del Padre, como Trajano, que, siendo español, entró a heredar el imperio romano a un monarca romano, sólo porque lo adop-

tó por hijo; pero muchas veces eran preferidos los hijos adoptivos a los naturales.

Moisés también fué adoptado de la hija de Faraón, y así tuvo derecho al reino de Egipto. Y Efraín y Manasés, porque fueron prohijados del patriarca Jacob, tuvieron iguales partes en el pueblo de Israel y su división, como los otros hijos naturales del mismo Jacob.

Pues ¿a quién no admira que lo que hace la adopción entre los hombres haga la gracia entre Dios y los hombres, o, por mejor decir, que haga más la gracia que la adopción humana?

Considerando y admirando esto San Anselmo, dice (3): «Pongamos delante de los ojos a un hombre pobre, destituído de todo consuelo, corrompido y podrido con la ascosidad de muchas llagas y otras enfermedades, y desnudo totalmente, sin tener con qué defenderse del frío. Si a este tal y tan malparado, sin poderse valer en nada, pasando junto a él un rey poderosísimo le viese, y compadecido de él le hiciera curar, y ya sano le vistiera con sus vestiduras reales, y le adoptara por hijo, mandando que en todo su reino fuera tenido por su hijo, y que en nada que mandase le contradijera alguno, constituyéndole por heredero, y heredero juntamente con su hijo natural, y queriendo que tomase su nombre y apellido, ¿no dijeras que este tal subió a una honra grandísima y nunca tal pensada? Pues sabe que verdaderamente hace todas estas cosas Dios con nosotros. Porque nacimos de la podredumbre de carne, llenos de muchas miserias, en las cuales estábamos caídos, sin consuelo ni remedio alguno, presos de las pasiones de todas las enfermedades espirituales, cubiertos de llagas de pecados y corrupción; y Dios, sólo por su misericordia, nos curará, y sanos nos adornará con vestiduras de perfecta justicia e incorrupción. adoptándonos por hijos, admitiéndonos por compa-

(3) Lib. *De Simil.*, cap. 66.

ñeros de su reino y sus herederos, haciéndonos herederos juntamente con su Hijo natural el Unigénito, que es en todo su igual, y Omnipotente como Él, mandando a toda criatura que en todo lo que quisiéremos se nos sujete, llamándonos con su nombre, y volviéndonos dioses; porque Él mismo dice: *Yo dije: Dioses sois e hijos todos del Altísimo.* De manera que Él es Dios deificador, y tú con Dios deificado.» Esto es de San Anselmo.

Lo cual no es modo de decir, ni encarecimiento, sino verdad llana y cierta. Y así lo define el Concilio Tridentino por de fe; el cual, declarando lo que es la justificación que se hace por la gracia, dice (4): *Que es una traslación de aquel estado, en el que el hombre nace hijo del primer Adán, al estado de gracia y de adopción de hijos de Dios por el segundo Adán Jesucristo, Salvador nuestro.* ¿Qué estado es aquel en que nace un hijo del primer Adán, sino estado de esclavitud de Satanás, estado de condenación eterna? ¿Y qué estado es el de gracia y adopción de hijos de Dios? Estado de libertad, estado de vida, estado de reino, finalmente, estado divino. ¿Qué estados son éstos, para no ser una inmensa felicidad pasar de suma desdicha a suma dicha?

Un condenado sin remedio a la horca, con sólo quedar con vida le pareciera no poderle suceder mayor ventura; y si sobre la merced de la vida se hallase hijo de un rey y con derecho a su reino, no sería mucho morir de contento. ¡Oh suerte felicísima de los que están en gracia, que se hallan hijos y herederos de Dios, los que estaban condenados al infierno y esclavos de Lucifer! Ruego por el mismo Dios a los que aquí llegaren que ponderen qué significan estas palabras: *Hijos, y de Dios*; *herederos, y de Dios*, los que antes nada, sino sólo esclavos y miserables. ¿Qué es esto, *hijos de Dios*, sin ser este nombre encarecimiento ni metáfora? ¿Qué es ser hijo? Nombre es

(4) Sess. 6, cap. 4.